

—Ahora está en Italia con su familia—contestó Clennam, sin hacer caso de las severas miradas que le dirigía la anciana.

—¡Cómo! ¿en Italia? ¡Hermoso país donde las uvas y los higos crecen por todas partes y se hallan por donde quiera los collares y brazaletes de lava! ¡Ah! dichosa ella, que puede recorrer esa tierra favorecida, patria de los antiguos gladiadores romanos, donde el cielo brilla, donde...

Arturo, viendo que su interlocutora parecía muy dispuesta á extenderse largamente en su descripción, deslizó una ó dos palabras para interrumpirla; y como la expresión de sus facciones revelase claramente el deseo de hablar de otra cosa muy distinta, Flora se detuvo, dirigió á Clennam una tierna mirada y preguntóle si tenía algo que decir.

—Deseo vivamente, Flora—contestó Arturo,—hablar con una persona que se halla en este momento en su casa... con el señor Casby sin duda. Es una joven que acaba de entrar aquí y que dejándose guiar de malos consejos ha huído de la casa de uno de mis amigos.

—Papá recibe aquí á tanta gente, y tan rara, que sólo por usted me atrevería á bajar á su cuarto; volveré al instante, y entre tanto hágame el favor de velar por mi tía, pero sin aparentar que se ocupa de ella.

Al decir esto Flora dirigió á Clennam otra tierna mirada y alejóse á toda prisa, dejándole algo inquieto por el precioso depósito que confiaba á su custodia.

Lo primero que hizo la tía Finching cuando se hubo comido su segunda tostada, fué producir una especie de ronquido ruidoso y prolongado; y no siendo fácil interpretar semejante demostración sino como un reto, atendida la actitud hostil de la excéntrica señora, Clennam le dirigió una mirada sumisa como para desarmarla.

—Vamos—dijo la tía Finching, haciendo con el brazo un movimiento tembloroso, que se hubiera podido tomar por una declaración de guerra,—no me mire usted tan tierno. ¡Tome usted esto!

El *esto* era la corteza de su tostada. Arturo aceptó la ofrenda con aparente agradecimiento, teniéndola en la mano sin saber qué hacer, visto lo cual por la tía Finching, díjole en alta voz con acento de cólera:

—¡El caballero es muy delicado; es demasiado orgulloso para comer lo que le dan!

Y levantándose iracunda, blandió su venerable puño tan cerca de la nariz del culpable, que le rozó la epidermis.

Sin la oportuna llegada de Flora, que vino á sacar á Clennam de aquella enojosa situación, nadie sabe lo que hubiera podido suceder. La viuda, sin manifestar la menor sorpresa, felicitó á la anciana por estar tan animosa y condújola á su sillón.

—¡El señor es muy delicado!—repitió la tía, después de sentarse.—¡Que le den un pienso!

—¡Oh!—replicó Flora,—creo que no le gustaría mucho esta comida.

—¡Repito que se le dé un pienso!—gritó la tía Finching, fijando en Clennam una mirada de enojo;—es el único remedio para los estómagos delicados, y quiero que se lo coma todo. ¡El diablo le lleve! ¡Que le den un pienso!

Con la excusa de ir á dar á Clennam este refrigerio, Flora le condujo fuera; mientras la irascible anciana seguía gritando, con creciente cólera, que dieran al caballero el pienso inmediatamente.

—La escalera es tan empinada y hay tantos tropiezos, Arturo—dijo Flora, dejando escapar un suspiro,—que le agradecería me diese el brazo.

Clennam comprendió todo lo ridículo de su posición, pero bajó la escalera como se quería, sin abandonar su dulce carga hasta que estuvo á la puerta del comedor; y aun entonces costóle un poco desprenderse de ella, porque Flora seguía inclinada sobre su hombro, murmurando:

—¡Arturo, en nombre del cielo, ni una palabra de esto á papá!

Los dos entraron en fin en la habitación del Patriarca, que estaba solo, dando vueltas á sus pulgares, como si no se hubieran detenido nunca desde la última visita de Arturo.

—Señor Clennam—dijo al verle entrar,—me complace mucho su visita; supongo que sigue usted bien; sírvase tomar asiento.

—Yo esperaba, señor Casby—repuso Clennam, mirando á su alrededor con aire contrariado,—que no le encontraría solo.

—¡Ah!... ¿de veras...?—replicó el Patriarca con voz melosa.

—Es lo que yo le indiqué á usted, papá—dijo Flora.

—¡Ah! sí, es verdad, ya me acuerdo.

—¿Me será permitido preguntar—repuso Clennam con aire inquieto,—si la señorita Wade ha salido ya?

—¿La señorita...? ¡Ah! ¿con que le da usted el nombre de Wade?—replicó Casby;—me parece muy conveniente.

—¿Y cuál le da usted?—preguntó Arturo con viveza.

—También la llamo Wade. ¡Oh! yo no le doy otro nombre.

Después de contemplar un instante los blancos y sedosos cabellos del Patriarca, que seguía moviendo sus pulgares sin cesar, mientras una benévola sonrisa entreabría sus labios, Clennam continuó:

—La señorita Wade tenía por doncella una joven que fué educada por unos amigos míos, y en la que su nueva ama no parece ejercer la más saludable influencia, por lo cual deseo vivamente poder anunciar á mis amigos que esa joven no ha perdido todo derecho al interés que aun les inspira.

—Cierto, cierto—replicó Casby.

—¿Tendría usted, pues, la bondad de darme las señas de la señorita Wade?

—¡Qué lástima! ¡qué contratiempo! Si me lo hub'era usted preguntado cuando esa persona estaba aquí, habría podido decírselo. En efecto, he visto la joven de que usted habla, señor Clennam; si no me engaño, tiene el cabello y los ojos muy negros... creo que no me engaño.

Arturo aseguró que no se engañaba, añadiendo con la misma expresión de inquietud:

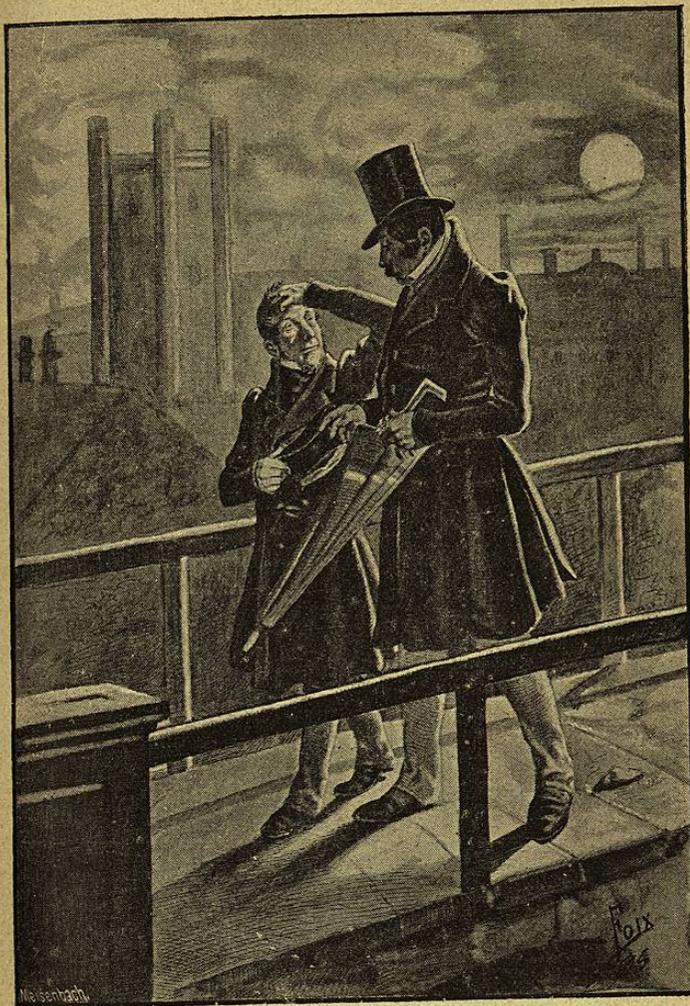
—¿Y no podría usted darme sus señas?

—¡Ah! ¡qué lástima!—exclamó el Patriarca con tono sentimental;—las ignoro. La señorita Wade reside casi siempre en el extranjero; hace años que viaja, y es caprichosa é inconstante, como no debe serlo ninguna mujer. Podrían transcurrir algunos años sin volver á verla; y acaso no la vea ya nunca. ¡Qué lástima, qué lástima!

Clennam acabó de convencerse de que sería completamente inútil preguntar más al Patriarca, pero con la esperanza de obtener algún otro dato, añadió:

—Señor Casby, para complacer á los amigos de que he hablado, y bajo palabra de guardar el más profundo secreto si así lo exige, ¿no podría usted darme algunos pormenores sobre la señorita Wade? Yo la he visto en el extranjero y en su casa, mas no la conozco, y estimaría mucho que me diese usted algunas noticias de ella.

—No le puedo complacer á usted—replicó Casby, moviendo la cabeza con expresión benévola,—pues no sé absolutamente nada. ¡Qué lástima que se haya ido tan pronto, ó que usted haya llegado tan tarde! En mi calidad de agente de negocios, algunas veces he remitido diversas sumas á esa dama...



...descubrióse para arreglarse el pelo...

pero no me explico el empeño de usted en obtener tan insignificantes detalles.

—No es por nada... sino que...

—Muy bien dicho—repuso Casby;—de nada le serviría á usted saber...

Por la ligereza con que el anciano movía sus pulgares, Arturo dedujo que estaba muy dispuesto á cambiar de conversaci3n, sin dejarle oportunidad de hacerle más preguntas; y perdida la esperanza, habíase levantado ya para despedirse, cuando en el fondo de aquel cuartito donde Pancks se refugiaba siempre que no tenía necesidad de correr, oyóse un rumor de pasos que se acercaban hacia la sala.

Clennam y el agente se estrecharon la mano; el segundo llevaba unas letras á la firma, y apenas las hubo entregado, se rascó la ceja con el índice izquierdo, y soltó un ligero ronquido. Arturo, que comprendía á Pancks mejor que otras veces, adivinó que el agente iba á salir pronto y que deseaba hablarle fuera, por lo cual, después de despedirse de Casby y de Flora, lo cual no le fué tan fácil, salió de la casa y comenzó á pasear lentamente en el sitio por donde Pancks debía pasar.

Pocos momentos después apareció el agente de negocios, y cuando hubo estrechado de nuevo la mano de Clennam, descubrióse para arreglarse el pelo, lo cual parecía indicar que Arturo podría preguntarle, como así lo hizo éste sin preámbulo.

—Presumo que se habían marchado de veras, ¿no es así, Pancks?

—Sí, ya estaban fuera.

—¿Sabe Casby las señas de esa dama?

—Lo ignoro; pero pienso que sí.

—¿Y usted no las sabe tampoco, Pancks, ni puede darme alguna noticia sobre esa mujer?

—Yo no sé dónde vive—contestó el agente,—pero en cuanto á lo demás, me lisonjeo de conocer la historia de esa dama tanto como ella misma. Es hija de alguien... ó de todo el mundo... ó de nadie; enciérrela usted en una sala con media docena de personas de suficiente edad para que puedan ser sus padres, y no le será posible jurar que no se halle en presencia de ellos; lo mismo podría encontrarlos en la calle que en el cementerio, y conocerlos por casualidad, sin saber nunca que les debe la existencia.

—Tal vez al señor Casby le sería dado ponerla en camino de conocerlos—observó Clennam.

—Es probable, pero no estoy seguro de ello. Lo que sé es que hace mucho tiempo le confiaron algún dinero, no mucho, según tengo entendido, para que lo entregase por pequeñas partidas á esa señora cuando le hiciese mucha falta. Algunas veces se muestra orgullosa y deja pasar años sin pedir; y otras es tan pobre que lo reclama al punto. Pasa su existencia retorciéndose como una víbora herida, y no hay en el mundo mujer más iracunda, más arrebatada, vengativa y cruel. Hoy ha venido á pedir dinero, pretextando una necesidad muy urgente.

—Creo—observó Clennam con aire pensativo,—que he averiguado por casualidad para quién es ese dinero.

—¿De veras? Pues si es para estipular algún contrato, aconsejaría á la parte contraria que no falte á su compromiso, porque esa mujer, aunque joven y hermosa, es temible; yo no me fiaría de ella si la hubiese faltado en algo, á menos que padeciese alguna enfermedad incurable y quisiera acabar de sufrir de una vez.

Arturo, que repasaba mentalmente sus observaciones sobre la señorita Wade, reconoció que convenían bastante bien con las de Pancks.

—Lo que extraño—continuó el agente,—es que esa mujer no haya puesto en un brete á mi propietario, por ser el único individuo á quien pueda echar mano por el hecho de conocer su historia. A propósito, le diré á usted de paso, aquí para entre los dos, que algunas veces me siento bastante inclinado á arreglarle las cuentas al Patriarca.

—¡Por Dios, Pancks, no hable usted así!

—Entendámonos—repuso el agente apoyando en el brazo de Clennam los cinco sucios dedos de su mano derecha, cuyas uñas había roído con provecho;—no quiero decir que le cortase el cuello, pero juro á usted por todo lo más sagrado, que si se extralimita demasiado, le cortaré la cabellera.

Después de darse á conocer bajo otro aspecto por esta terrible amenaza, Pancks se despidió gravemente de Clennam y alejóse á todo vapor.



CAPITULO X

Los sueños de la mujer de Jeremías se complican

El imprevisto encuentro con la señorita Wade y Tattycoram había preocupado mucho á Clennam por espacio de tres ó cuatro días, sugiriéndole las más diversas reflexiones, pero como sus conjeturas no le condujeron á sacar nada en limpio, fuéle forzoso resignarse á una enojosa incertidumbre.

Entre tanto, como hacía ya tiempo que no visitaba la triste casa de su madre, cierto día de los que acostumbraba dedicar al cumplimiento de este deber, salió de la fábrica á eso de las nueve de la noche y dirigióse con lento paso á la lúgubre mansión donde había pasado su infancia.

Su imaginación le representaba siempre la casa materna lúgubre y misteriosa, tan melancólica como lo era el barrio donde se hallaba; y al pasar por las solitarias calles que á ella conducían, contemplando los desiertos almacenes, las casas de banca abandonadas, y todos los antiguos edificios que en otro